

Como preparación de la visita, el maestro o maestra realizará la lectura del cuento adjunto, **“Martín y la casa de piedra”**, basado en los personajes, salas y objetos presentes en el museo, con el fin de familiarizar al alumnado con todos ellos y crear una expectación inicial que ayude a reforzar la experiencia didáctica en el museo. El relato puede completarse con algunas sencillas preguntas referentes a las experiencias propias de los alumnos (si han estado en el parque, si han montado en el tren, si han visto o visitado la casa, etc.). El objetivo final es generar en los niños el deseo de realizar la visita al museo.

“Martín y la casa de piedra”

Martín bajó del autobús de un salto. Normalmente era de los últimos en bajar, pero hoy se había adelantado a todos sus compañeros de colegio. Antes de que el autobús llegase a la parada ya se había levantando de su asiento para mirar por la ventanilla y asegurarse de que sus abuelos le esperaban allí, tal y como le habían prometido.

Llevaba días esperando esta tarde. Después del colegio, nada de deberes ni de obligaciones. ¡Sus abuelos iban a llevarle al parque Grande! Su mejor amigo, Pablo, había ido varias veces con sus padres y contaba maravillas. Además de los toboganes y columpios, Pablo le había contado que se podían alquilar bicicletas y que, como no pasan coches, se podía recorrer todo el parque montado en ellas. También le había hablado de un pequeño jardín botánico donde podías dar de comer a los patos. Pero lo mejor, lo mejor, lo mejor, era que había un tren, un tren de verdad, con silbato y todo, en el que podías montarte y recorrer el parque. Eso era lo que más ilusión le hacía a Martín: montar en el tren.

Nada más llegar al parque, Martín arrastró a sus abuelos hacia los primeros columpios que encontró en su camino. Bajó por el tobogán, se columpió, corrió, jugó en la hierba... No paró ni un segundo. Cuando por fin se dirigieron a la estación de tren, Martín estaba cansadísimo.

El tren esperaba en el andén. Era negro y rojo, y a la reluciente locomotora le seguían unos cuantos vagones equipados con coloridos bancos de madera. Martín y sus abuelos se dieron prisa en subir porque el tren tenía prevista su salida en pocos minutos y era la última del día. ¡¡Piiiiiiii!! ¡¡Piiiiiiii!! El ruido del silbato sobresaltó a Martín, que por un momento había cerrado los ojos de lo cansado que estaba. Le costaba mantenerlos abiertos, así que miró a su alrededor para intentar despejarse un poco. Entonces fue

cuando la vio. Justo detrás de la estación, a unos pocos metros, había una misteriosa casa de piedra muy distinta a las que estaba acostumbrado a ver en la ciudad. Como el tren todavía no salía, decidió bajar del vagón y acercarse un poco más para verla mejor.

La casa tenía una gran puerta de madera, pequeñas ventanas, un balcón en la fachada y una robusta chimenea de piedra sobre el tejado, que estaba cubierto por unas curiosas tejas de color oscuro. Martín rodeó la casa para investigar un poco más y se encontró con un río que pasaba por su parte de atrás. Cuando llegó de nuevo frente a la puerta principal, se dio cuenta de que estaba ligeramente abierta y, picado por la curiosidad, se decidió a entrar. Un aroma a comida le envolvió inmediatamente. —¡Ummm... qué bien huele aquí!— pensó. Era ya tarde y empezaba a tener hambre, así que decidió seguir el olor de la comida y subir por unas escaleras que parecían conducir a la planta de arriba.

Allí se encontró con una gran cocina que no se parecía en nada a ninguna otra cocina que él hubiera visto. En el centro, junto a un enorme fogón sobre el que se calentaba una olla igual de grande, una mujer anciana vestida de manera extraña avivaba el fuego.

—Buenas noches, Martín, pasa—le dijo con una sonrisa.

Martín estaba tan sorprendido de que aquella mujer desconocida supiera su nombre que no pudo moverse del sitio.

—Anda, pasa, no seas tímido—insistió—. Seguro que tienes hambre.

Y era verdad, Martín tenía un hambre atroz.

—¿Te apetece un trozo de pan?—le preguntó la mujer extendiendo un pedazo que había sacado del bolsillo de su delantal. Martín, que además de hambre tenía una gran curiosidad por ver a dónde le llevaba todo esto, cogió el trozo de pan y le pegó un mordisco.

—Me llamo María Josefa. Si quieres puedes sentarte ahí, en la cadiera. Cerca de la lumbre estarás más caliente—le dijo la mujer señalándole un banco de madera en el que dormitaba un señor tan extraño como quien le hablaba. Martín miró al señor sin atreverse a acercarse—. Es José, mi marido. Siempre se echa una cabezada antes de cenar.

Martín se acercó a la cadiera y se sentó en un extremo pero, aunque lo hizo con mucho cuidado, José se despertó.

—¿Ya cenamos?—dijo José todavía adormilado.

—Aún no, sigue durmiendo que yo te aviso—le respondió María Josefa.

Martín se había quedado inmóvil, pero José volvió a cerrar los ojos sin percatarse siquiera de su presencia.

María Josefa removía con una cuchara lo que fuera que se estaba cocinando en aquella olla enorme y que olía de maravilla. Martín, que aún no se atrevía a decir una palabra, no podía dejar de mirar aquella cocina extraña, llena de cacharros que no había visto en su vida, mientras pegaba mordiscos al trozo de pan.

—Todos estos utensilios que ves por aquí son lo que uso para cocinar—dijo Josefa como si hubiera leído el pensamiento de Martín—. Cada cosa en la cocina tiene su función. Otro día que vengas, si quieres, te explicaré para qué sirven algunos de ellos.

Una vez saciada un poco el hambre y con el calorcito que le llegaba desde el fuego, Martín no pudo evitar que se le cerraran ligeramente los ojos.

—Si estás cansado puedes recostarte un poco—le dijo María Josefa.

—Un poco cansado sí que estoy, la verdad—contestó Martín.

—Vaya, pensé que se te había comido la lengua el gato... Ven conmigo.

La mujer removi6 de nuevo el guiso y se levant6 para encaminarse hacia otra parte de la misma planta. Martín, con cuidado para no volver a despertar a José, se levant6 y la sigui6. Llegaron hasta una habitación bastante amplia en la que había armarios, arcones y un enorme reloj pintado de colores, todo de madera.

—Aquí es donde solemos comer y cenar los días especiales, cuando celebramos algún santo o alguna fiesta.

—¿Y qué hay en todos esos arcones y armarios?— se atrevió a preguntar Martín.

—Sábanas, toallas, mantas, la ropa de domingo...—contestó María Josefa.

—¿La ropa de domingo?—preguntó Martín algo sorprendido.

—Sí, claro. Ese día no vestimos la ropa de labor. Los días de fiesta nos ponemos más elegantes.

Martín supuso que la ropa de labor debía de ser como el uniforme que llevaba él al colegio durante la semana y la ropa de domingo lo equivalente a la camisa y los pantalones que le ponía su madre el fin de semana para ir a comer a casa de los abuelos.

—Ahí están las alcobas—le indicó María Josefa señalando dos habitaciones pequeñas que había en uno de los extremos de la casa—. En la de la derecha dormimos mi marido y yo y en la de la izquierda duermen mi hijo y su mujer. Y en esa pequeña cuna de ahí, nuestro nieto.

—¿Y dormís todos ahí?—preguntó Martín—. Si son tan pequeñas ¡y ni siquiera tienen puertas!

María Josefa soltó una carcajada.

—¿Y para qué necesitamos más espacio si sólo las usamos para dormir? Además, si son pequeñas se calientan mejor. Y, si queremos intimidad, corremos las cortinas y listo.

Martín se fijó en que cada una de las alcobas tenía una gran cortina que perfectamente podía funcionar como una puerta corredera.

—Puedes acostarte en la de la derecha, que ya tendrá la cama caliente.

María Josefa se acercó a la alcoba y sacó de debajo de la colcha verde que la cubría un extraño utensilio de hierro parecido a una sartén. Martín quiso acercarse para tocarlo pero la señora le frenó.

—Cuidado o te llevarás un buen quemazo. Lleva brasas dentro—Martín colocó la mano sobre la cama y notó que, efectivamente, estaba caliente.

—No creo que tengas frío pero, si lo tienes, puedes cubrirte con la colcha. Descansa.

Antes de que María Josefa regresase a la cocina, Martín se atrevió a preguntarle algo que le rondaba la cabeza desde hacía un rato.

—María Josefa, perdone pero... ¿en esta casa dónde está el baño?

—Ahí, justo al lado de la cama—le contestó la señora.

Martín junto a la cama sólo veía una especie de jarra de barro.

—¿Eso?—preguntó Martín con los ojos como platos.

—Eso es un orinal—le contestó María Josefa—. Si necesitas usarlo, recuerda limpiarlo después, por favor.

A Martín aquello le parecía complicadísimo, además de darle muchísima vergüenza. Con lo fácil que era ir al baño en su casa y tirar de la cadena.

—¿Y cómo os laváis?—preguntó.

—Usamos esa jarra y esa palangana—dijo Josefa señalando una jarra y una palangana de color blanco que había junto a la alcoba, sobre algo parecido a una pequeña mesa de madera—. El agua la cogemos del río o de la fuente. Mi nuera y yo bajamos varias veces al día a llenar la ferrada y algún cántaro grande y con eso pasamos la jornada—continuó María Josefa—. Es una tarea pesada pero así aprovechamos también para salir de casa. Además, siempre te encuentras con alguna otra mujer con la que conversar. Hala, y ahora a descansar, que la cena estará pronto.

Martín se frotó los ojos, empezaba a estar verdaderamente cansado. Entre lo que había jugado en el parque y todas las cosas nuevas que estaba viendo en esta misteriosa casa de piedra, no le quedaban muchas energías, así que se acostó sobre la colcha verde y se quedó dormido antes de que su cabeza tocara la almohada...

—Martín, Martín, despierta, el tren está llegando a la estación.

Martín abrió los ojos. Ya no estaba en la casa de piedra, sino sentado en el vagón del tren del parque. La señora que le hablaba tampoco era María Josefa, sino su abuela.

—Te has quedado dormido en cuanto ha arrancado el tren. No te hemos querido despertar porque parecías estar soñando muy a gusto—le explicó su abuela.

—¿Soñando?—pensó Martín—. ¿Es que la casa de piedra, María Josefa y todas aquellas cosas tan interesantes sólo habían sido un sueño?

El tren se detuvo en su destino y Martín y sus abuelos bajaron del vagón. Martín se fijó en la casa de piedra que asomaba justo detrás de la estación.

—Abuela, ¿tú sabes quién vive en esa casa?—preguntó.

—¿Vivir? Nadie, hijo mío. Es un museo. Pero a estas horas ya estará cerrado.

Estaba ya anocheciendo, y la casa se veía completamente a oscuras. Martín se alejó de allí con sus abuelos, de vuelta a casa. De repente, algo le hizo girarse a mirar la casa una vez más y, justo en ese instante, vio como una suave luz, similar a la de una llama, se dejaba ver a través de una de las ventanas de la primera planta. Martín dejó escapar una dulce sonrisa. Quizás no todo había sido un sueño...